

aquí lo que escribió el honrado Kessler (1), de San Gall: «Los que padecen inflamacion invocan como patron á San Antonio; San Roque protege y cura de la peste; San Erasmo cura los dolores de vientre; San Teobaldo protege á los que peligran en el agua, y San Florian salva del peligro del fuego; San Martin es protector del ganado bovino, San Eligio de los caballos; San Urbano ampara los vinos; San Severino, que fué tejedor y obispo, es el patron de los tejedores; los santos Crispin y Crispiniano son patrones de los zapateros; de los médicos lo son los santos Cosme y Damian; los herreros tienen á San Eulogio, los ballesteros á San Sebastian, y ¿cómo contarlos á todos? En una palabra, hacemos lo que hicieron los gentiles, que á cada una de sus divinidades tenían destinado su atributo: á Cerés los cereales, á Baco el vino, á Esculapio las medicinas, etc.» La gente se dirigía entonces en cada una de sus necesidades con la mayor inocencia al correspondiente santo especialista; la emperatriz Blanca María, segunda esposa de Maximiliano, visitó cuatro veces el santuario de San Felipe de Zelle, donde la imagen de este santo tenía fama de ser auxilio poderoso contra la esterilidad. Geiler de Kaisersberg recomendó desde el sagrado púlpito acudir á San Gumberto contra la mordedura de perros rabiosos, valerse contra la calentura intermitente de agua de San Pedro y ponerse alrededor del cuello, cuando se tenía mal en esta parte, una vela consagrada á San Blas. Excusamos decir que la moda intervino también en esto como en otras cosas y no por obra de la casualidad y mero capricho, como ya lo observaron personas de aquella misma época. Tan fuerte era el afán de descubrir nuevos santos milagrosos, que el mismo pueblo los inventó á veces á pesar de las autoridades eclesiásticas, como sucedió en Nuremberg, donde el pueblo descubrió en el año 1489, cerca de la iglesia de Santiago, á un San Oeker, sepultado debajo de una losa, lo cual no le impedía que sacara cuando convenia una mano é hiciera muchos milagros. El obispo de Bamberg se apresuró á prohibir bajo pena de excomunion todo culto en honor de este santo desconocido, pero en otras partes el clero auxilió con avidez estas supercherías tan del gusto del pueblo. Así en Stralsund los frailes dominicos, á principios del siglo xvi tomaron bajo su especial proteccion un crucifijo que sudaba sangre y del cual se averiguó que habia sido ahuecado y llenado adrede á este efecto. En Berna se les descubrió otra superchería, que acabó mal para sus autores. El objeto del milagro era desacreditar la Concepcion inmaculada, pero descubierta la trampa fueron quemados vivos en 1509 cuatro frailes dominicos. El descubrimiento y castigo de estos y otros engaños, como el de un hombre en Augsburgo que aparentaba vivir sin tomar alimento, no produjeron apenas efecto alguno. En los años 1501 hasta 1503 la afición á los milagros adquirió proporciones epidémicas, empezando en los Países Bajos con la aparicion de cruces de colores diferentes en el cuerpo y los vestidos de las personas; fenómeno que se extendió rápidamente hasta los extremos septentrionales y orientales de Alemania. La exaltacion general se desahogó, sin tomar direccion determinada, en innumerables procesiones y romerías. De Italia acudieron durante casi siete años continuamente bandas numerosas de penitentes llamados grises, descalzos, con la cabeza descubierta, una cruz en la mano y sin báculo. En la segunda mitad del siglo xv cobró súbitamente grandísima fama, tan pronto en un punto como en otro, tal ó cual santuario y en seguida atrajo millares de personas de todas partes del país. Este movimiento continuo obedecía á una sobreexcitacion general de los ánimos, que se atribuye á una insaciable necesidad de religion y

(1) Teólogo reformador; nació en 1502 en San Gall, Suiza.

que adquirió todos los caracteres de epidemia espiritual. El eclesiástico Conrado Stolle, cronista de la ciudad de Erfurt, dice que en el verano del año 1475 se juntaban frecuentemente bandas de niños y jóvenes desde ocho á veinte años á centenares en la Turingia, Franconia, Hesse, en el país de Meissen y en otras muchas partes, sin conocimiento de sus padres ó dueños, para correr tierras cantando y arreglándose banderas. Algunas de estas turbas decían que las precedía una cruz roja. Las madres corrían detrás de sus hijas llorando y dando voces, sin poder detenerlas ni hacerlas volver atrás, las niñas á quienes se encerraba para impedir su fuga, grandes ó pequeñas, se ponían á llorar, á temblar como de frío hasta no poder hablar, y se escapaban hasta de la mesa sin comer, descalzas y sin nada en la cabeza, sin dinero, ni pan, ni otra provision alguna; y apenas se conseguía persuadir á un individuo entre ciento á que quedara en su casa. Se los llevaba á confesar, pero ni el confesor podia persuadirlos á quedarse. Doncellas bien educadas que sin permiso de su padre ó madre no habian salido de la puerta, ó ido á ver á sus vecinas, ó á buscar un jarro de vino, huyeron. El contagio se comunicó á los adultos. Un hombre que vió pasar una banda de niños y niñas, dejó abandonados su carro y su caballo para marcharse con ellos, y no esperó siquiera á sacar del carro un par de zapatos nuevos que acababa de comprar. Sin concierto previo dirigíanse estas bandas de todas partes como á su centro comun á buscar la sangre milagrosa de Wilsnak, sin tener siquiera noticia de tal sangre y sin saber lo que se hacían.»

Este no era un caso aislado ni siquiera el primero, porque ya en el año 1457 habian pasado numerosas bandas de niños á Normandía al santuario de San Miguel. La epidemia de correr tierras duró muchos decenios; como por encanto se juntaban masas enormes que orando y llorando se dirigían á esta ó á la otra comarca, y personas timoratas, léjos de atribuir este fenómeno á una causa santa, creían que era obra de Satanás ó debido á una influencia de los astros. Fuera de estas bandas acudian también grandes masas de fieles á santuarios afamados, ya en busca de salud, ya de indulgencias. En 1475 fueron en grandísimo número los que acudieron á la sangre milagrosa de Wilsnak; en 1476 á Niklashausen; en 1489 la Virgen negra atrajo inmensa muchedumbre á su santuario de Altötting; en 1492 corrieron á la sangre milagrosa de Sternberg y á la pierna de Dornach, que sudaba aceite; en 1499 á la Virgen de Grimmenthal; en 1500 á la cabeza de Santa Ana, que un atrevido habia robado de la iglesia de San Estéban en Maguncia y llevado á Duren, sin que fuera posible hacerla devolver á aquella iglesia á pesar de la orden expresa del emperador, y en 1519 fué moda la hermosa Virgen en Regensburgo, cuyo santuario acababa de levantarse sobre las ruinas de la sinagoga destruida. Estas imágenes y reliquias milagrosas eran, por supuesto, una preciosa fuente de riquezas para las iglesias que las poseían, y con el descubrimiento de su virtud sobrenatural y la consiguiente fama, miserables aldeas antes desconocidas llegaron á ser súbitamente centros de atraccion para todo el pueblo alemán y aun para devotos extranjeros; siendo inútiles todos los esfuerzos de cierta parte del clero para combatir aquellas corrientes cuando se habian declarado y hecho moda. Unos observaban con inquietud esta intrusion desenfrenada del pueblo laico en el terreno eclesiástico, y otros expresaron honradas dudas respecto de tantos milagros y de tanta exaltacion debidos á caprichos súbitos del pueblo; pero ni el descubrimiento de supercherías, ni las observaciones de autoridades tan respetadas como Nicolás de Cues y San Juan Capistrano consiguieron detener el ímpetu de las masas devotas. No por esto quedaron desiertos los santuarios que

tenían imágenes y reliquias milagrosas antiguas, porque habia una verdadera sed de milagros. A Einsiedeln acudieron á la fiesta de la consagracion de los ángeles en 1466 unas 130,000 personas, y en Aquisgran, los encargados de la guardia de las puertas contaron en un solo día 142,000 peregrinos que acudieron á visitar el famoso santuario de la misma ciudad. Estos números, aunque exagerados, prueban

de todos modos una enorme afluencia de gente, entre la cual habia masas de peregrinos bien ordenadas, con sus banderas y pendones, sus cirios y blandones á veces gigantescos, y otras masas compuestas de individuos extáticos que se habian ido agregando al movimiento en un momento de arrebató al ver pasar otras masas, abandonándolo todo, á menudo sin tomarse el tiempo ni de vestirse ó con las herramientas

Ein newe auflegung. Der seltsamen wunderzaichen vnd wunderpürden/ so ein zeyther im reich/ als vorpotten des Almechtige gottes/ auffmonende auffrüstig zesein wider die feinde christi vnd des heyligen reichs/ erschienen sein an all Kurfürsten vnd Fürsten so auff dem reichs tag zu Coßnitz versamlt sein gewesen vñ ein Erwürdigē Buefster herri Josephē Grünpecken beschehen.



Facsimile del grabado y título del libro de Grünbeck: *Interpretacion nueva*, representando los milagros de la Cruz (del año 1507)

de su trabajo en la mano, las mujeres con los cubos de leche ó los rastrillos y los hombres con las guadañas y horcas de madera. Después seguían otras masas de penitentes de ambos sexos, unos con la parte superior del cuerpo desnuda y con la cara descubierta ó tapada, otros con teas encendidas ó armados de espadas desnudas, lanzas y arcabuces. Al llegar á la vista del santuario ó de la imagen caían muchos en tierra como heridos del rayo, otros se prosternaban en forma de cruz y después, exaltados y fuera de sí, extendían los brazos hácia la imagen milagrosa.

LA REFORMA

A esta exaltacion debia seguir forzosamente un día ú otro un estado de serenidad, de hastío y de frialdad, porque la excitacion continua unida al desengaño de encontrar la tranquilidad interior tan anhelada, hubo de producir el sentimiento opuesto.

Muy bien supo la curia de Roma explotar aquella corriente devota, pues que allí era el centro de la religion, el punto de peregrinacion más imponente y más poderoso; y con los jubileos, inventados en el año 1300, se llamaron innumerables masas de peregrinos á visitar la tumba de los apóstoles.

Los jubileos, por tanto, se repitieron á intervalos cada vez mas cortos; al principio debian repetirse de siglo en siglo; luego cada 50 años, atendido el corto término de la vida; despues se redujo el intervalo á 33, y finalmente á 25 años. Las muchas ediciones de libritos destinados á servir de guia á los que deseaban peregrinar á Roma, que se publicaron en Alemania en el siglo xv, son una prueba del afan con que los alemanes se apresuraron á participar de los beneficios espirituales de los jubileos y de otras fiestas. A las personas que no podian ir á Roma á gastar allí su dinero, se facilitaron ocasiones diversas y cómodas para adquirir las indulgencias deseadas en su país y hasta en su misma casa, á cuyo fin agentes de Roma recorrieron toda la Alemania durante una larga série de años. En todas las grandes ciudades se destinaron siete iglesias á representar las principales de Roma, y para aquellos á quienes costaba demasiado trabajo visitar las siete iglesias, se dispusieron en una de ellas siete altares que producian para el que los visitaba el mismo efecto espiritual que la visita de los siete templos. Ocioso es decir que los fieles alemanes aprovecharon con avidez tan excelente combinacion para ahorrarse el viaje molesto y costoso á Roma, mientras para las arcas de la curia el éxito de la campaña de indulgencias inaugurada en 1488 y continuada en los años siguientes en Alemania fué completo, segun lo proclaman todas las relaciones que tenemos de aquella época sobre este punto. El ya citado clérigo cronista de Erfurt escribe: «Las cartas (proclamas) papales otorgaban á los agentes que las llevaban autorizacion para conceder perdón de todos los pecados, por grandes que fuesen, á excepcion de los que quedaban reservados al Papa. Los agentes podian absolver á los moribundos de todos los pecados, culpas y penas; toda persona que confesaba y daba su correspondiente ofrenda participaba de las buenas obras que se verificaran en toda la cristiandad; y por medio de ofrendas podia obtenerse hasta la absolucion de pecados cometidos por difuntos, cosa que jamás se habia oido.» El asombro mezclado con alguna desconfianza que causó en Alemania la extension del poder absolutorio del Papa hasta al purgatorio, está confirmado por el testimonio del abad Tritemio.

Al cabo de cierto tiempo empezó á enfriarse el entusiasmo á fuerza de la frecuencia con que pasaban los agentes que predicaban y vendian absoluciones, y el pueblo comenzó á tener dudas respecto del empleo de los fondos recaudados para la guerra contra los turcos. Sebastian Brant escribió ya en 1494:

«La absolucion no tiene valor alguno, ni nadie pregunta por ella ni la solicita, y muchos no pagarian por ella ni un céntimo aunque se la llevaran á su casa.» Por supuesto, esta es una exageracion de aquel autor satírico, porque la gente de aquella época, reconociendo los pecados como culpas punibles, era incapaz de comprender otra manera de descargarse de ellos que pagando su equivalente el culpable ú otro por él, ya en dinero ya con alguna peregrinacion. Dado este modo de pensar la ventaja era para el rico, pero tambien la necesitaba mas, porque la pobreza y la miseria eran ya un mérito ante Dios y aproximaban al individuo por sí solas al cielo. Una opulenta ciudadana de Nuremberg pide en su testamento, otorgado en el año 1447, que la entierren en la iglesia de los descalzos; deja limosna para decir mil misas por su alma en los primeros treinta dias despues de su muerte, y á mas encarga á una persona que en la época de las indulgencias haga en lugar de ella la peregrinacion á Asís y á Roma.

Peor efecto que esta solicitud por la salvacion del alma causó el mercantilismo del clero en la administracion de los sacramentos mas indispensables; y las quejas que se oían

hasta la época de la reforma acerca de la manera indigna con que el clero se hacia pagar los bautizos, confesiones, casamientos, comunión y entierros eran tan frecuentes como las relativas á la manera de obligar á los pecadores á pagar con dinero las penitencias impuestas en el confesonario. Este comercio era imitacion del que la curia hacia con los cargos, privilegios y beneficios eclesiásticos, conforme á un arancel impreso á fines del siglo xv, y en el cual la parte mas escandalosa es la relativa al pago de penitencias que correspondia imponer al Papa por crímenes horribles, como parricidio, incesto y perjurio, desprecio de los mandamientos, entredichos y otros. Hasta los usureros y otros poseedores de bienes mal adquiridos podian conservarlos y quedar libres de cargos de conciencia si pagaban á la Iglesia una cantidad convenida en cada caso. La curia, que permitia á los clérigos el concubinato mediante un impuesto, bien podia cobrar tambien el barato de los usureros y ladrones. La imaginacion del pueblo alemán, y mas del pecador, estaba llena de diablos y de horrores del infierno, supersticiones que recibian continuo alimento por los impresos y obras de arte fantásticos de la época, pero tambien percibia en medio de este cuadro horrible las figuras de los dispensadores de gracias celestiales, y la Iglesia, solícita, le enseñaba la manera de adquirir éstas y eludir la ira del eterno juez y las penas del infierno.

El carácter de una época y de una civilizacion se manifiesta á veces en las cosas mas tenues, como en aquella astucia piadosa que refiere un libro de devocion del siglo xv, titulado: «El Baño de la Conciencia.» «Un rico moribundo no quiso confesar, pero el cura le dijo que si confesaba, él cargaria con todos los pecados del moribundo y le cederia en cambio todas sus buenas obras. El rico aceptó y comunicó al cura, como no podia menos, todas sus maldades para que supiera de qué se encargaba, y de esta manera hizo la confesion. Esta confesion, buena ó mala, le aprovechó, porque el mismo cura vió á los ángeles llevar al cielo el alma del pecador cuando expiró.»

Hubo tambien alguna conciencia que no logró tranquilizarse con todos los recursos de la Iglesia, y muchos eran los que miraban indignados los manejos del clero ambicioso, sediento de dinero y esclavo de los goces materiales. Una reforma religiosa ó social no muy lejana é inevitable estaba en la atmósfera.

CAPITULO VI

LA REFORMA RELIGIOSA Y LA HEREJÍA

A pesar de todos los indicios morbíficos era patente en la iglesia alemana un anhelo sincero de reforma en el siglo xv. Hoy es cosa probada que la Iglesia, no solamente reconoció la importancia, sino que inculcó vivamente al clero la necesidad de los sermones, y tambien está probado que mucho antes de Lutero se habia publicado la Biblia en alemán en un gran número de ediciones. De esto, sin embargo, no debemos inferir que los sermones hayan satisfecho la necesidad entonces existente, ni que la Iglesia haya fomentado la lectura de la Biblia entre los laicos. Verdad es que desde siglos podia gloriarse la Alemania de tener oradores sagrados notables y populares. A David de Augsburgo y Bertoldo de Regensburgo siguieron el maestro Eckhart, Enrique Suso, Tauler, y en el siglo xv Geiler de Kaisersberg, que en sus obras dice que la misa sin sermón causa mas daño que el sermón sin misa. Se conservan, en efecto, del siglo xv y aun del siguiente muchos decretos sinodales que prescriben los sermones en todos los domingos y dias de fiesta; tambien son en gran número las fundaciones de empleos especiales de pre-

dicadores, y además existe de aquella época una literatura voluminósima de elocuencia sagrada, escrita casi en su totalidad en latín, lo que ha dado lugar á la creencia, probada solo recientemente como errónea, de que en aquellos tiempos se predicó en Alemania en latín. En los libros de devocion de aquella misma época, se califica de pecado mortal muy grave la no asistencia al sermón, y el ya citado «Baño de Conciencia» dice que todo cura que no puede ó no quiere predicar se halla en pecado mortal. En otro escrito se lee que sin los sermones los hombres recaerian pronto en el gentilismo. Esta solicitud de recomendar é imponer la predicacion y la asistencia á ella, y de crear plazas de predicadores en lugares donde el clero era ya numerosísimo, prueba cabalmente que la práctica no correspondia á la necesidad ni á los buenos deseos.

En efecto, si consideramos las muchas quejas que leemos en los escritos de la época contra la indolencia del clero parroquial en la administracion de los sacramentos y en el cumplimiento de las misas, es permitido suponer que peor debia de estar en materia de sermones, que exigen mucho mas estudio y trabajo. Abundaban manuales para los predicadores, como aquel que llevaba el título significativo: *Dormi secure* (duerme tranquilo); los habia para todos los actos del culto, con los Evangelios y otros textos bíblicos dominicales, para guia de los confesores, curas párrocos y catequistas, y sobre todo una abundancia grande de colecciones de sermones. No faltaban compradores, porque se conocen del siglo xv nada menos que 41 ediciones diferentes de la coleccion de sermones del fraile dominico Juan Herolt. Para el clero pobre habia Biblias con comentarios, confrontaciones de pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento, y grabados en madera, por supuesto muy toscos, todo para facilitar al clérigo ignorante los rudimentos de la historia sagrada; pero en general debia de ser muy débil el deseo de estudiar estos libros, porque el honrado Wimpeling dice que cuando laicos y hasta gente del pueblo leían en alemán la Biblia, la Imitacion de Cristo y otros libros espirituales, era muy vituperable que los clérigos mostraran repugnancia á estas lecturas. Mas significativa es la recomendacion que hace el sínodo de Brixen al clero, de anotar en su misal ó en otra parte el padrenuestro, el avemaría y los diez mandamientos de la ley de Dios, que cada domingo debian recitar al pueblo, «á fin de que su conocimiento llegue á las generaciones venideras.»

Mas importante que la escasez de los sermones era su calidad. Respecto de este punto se observan dos extremos que en ellos se tocan casi sin transicion alguna. Los sermones alemanes del siglo xv presentan una exuberancia de ciencia escolástica y dogmática que ahuyenta al lector, y al propio tiempo un carácter popular que con frecuencia degenera en trivial y soez; si bien esta mezcla no es sino el reflejo del rasgo mas característico del último período de la Edad media, rasgo que en Alemania mas que en otra parte alguna se conservó con una tenacidad en extremo lamentable á pesar del Renacimiento. Una figura excepcional es entre los oradores sagrados alemanes del siglo xvi Juan Veghe de Munster, con su elocuencia libre del fárrago escolástico sin ser nunca grosera. En cambio tenemos en los sermones del famoso predicador Gabriel Biel de Tubinga un ejemplo de la insulsez á que llegó entonces la disertacion dogmática en los sermones, amenizada en cambio en muchos casos con alegorías, ejemplos y cuentos á cual mas extravagantes, tanto que excitaron ya en aquel tiempo las criticas de algunas personas reflexivas. Un sermón, para ensalzar el poder de la Virgen, refiere que ésta salvó las almas de frailes que habian llevado una vida depravada, pero que siempre habian rezado pun-

tualmente el avemaría. En otro sermón leemos que algunos peregrinos vieron colgadas de un árbol cinco almas, y al regresar de su peregrinacion habian desaparecido cuatro y solo quedaba una, la cual dijo no tener amigo que rezara por ella, como sus compañeras, que gracias á los rezos de amigos se habian salvado. Entonces uno de los peregrinos se decidió á emprender á favor de aquella alma otra peregrinacion á Roma, y con esto bastó para que el alma subiera al instante al cielo. «Así, dice el sermón, hay muchas almas en el purgatorio que se salvarian con solo rezar por ellas cincuenta padrenuestros.» Geiler de Kaisersberg trata extensamente en sus sermones de cuestiones escolásticas: de la forma en que el ángel anunciador apareció á la Virgen; si se presentó como varón ó como hembra; si llevaba ropaje blanco, encarnado ó de colores varios; y de la edad de San José, si era ó no tan viejo como le pintan. Geiler resuelve esta última cuestion diciendo que San José era jóven y despues de Cristo el hombre mas hermoso que se ha visto. Habla tambien de los dolores del parto de la Virgen y decide que debió de padecerlos corporales, porque la representan siempre con la aureola de los mártires. Fija tambien su asiento en el cielo en la proximidad de la Osa mayor, al Norte y en la parte que se veía desde Estrasburgo en direccion de Colonia.

Así y todo, Geiler representa mejor que ningun otro orador sagrado de aquella época el gusto y la índole de sus compatriotas y de su tiempo. Su estilo cordial y franco, su práctica de la vida y sus chistes rudos debieron ciertamente de entusiasmar á sus oyentes. Fué un verdadero predicador del pueblo, que habló su lenguaje con las figuras y chistes del hogar y de la calle de su tiempo, imitando en sus sermones cuando convenia hasta el repique del tambor y el ladrado de perros, y todo esto mezclado con aquellas cuestiones escolásticas y empleando sin escrúpulo alegorías las mas robustas para penetrar en el perezoso entendimiento de sus oyentes. En una serie de 65 sermones sobre la pasion, compara á Cristo con una torta; Cristo es nuestra torta, dice, y se compone de la esencia divina, que es la harina de habichuelas de la torta, del alma, que viene á ser la harina de trigo, y de la misericordia, que es la miel. Se punza su cuerpo como la torta y la pasion es el horno; despues se le envuelve, como la torta, en paños blancos como la nieve, y el predicador la reparte entre sus oyentes despues de cortarla en pedazos. Ahora, respecto del número de pedazos hay divergencias; Buenaventura la divide en 42, Ubertino en 149 y Enrique Suso en 100. En otros sermones compara á los buenos cristianos con suculentos embutidos, y á Cristo, que lleva nuestros pecados, con el borrico que lleva una carga de estiércol.

Si se encuentran estas cosas en los sermones de Geiler de Kaisersberg, llamado la trompeta de Estrasburgo, y que fué en realidad un gran talento, podemos suponer lo que serian los sermones usuales que se ofrecian entonces á las masas. Un sínodo encargó al clero que no contara al pueblo en sus sermones cuentos supersticiosos, como el de San Blas, de Santa Bárbara y otros santos. Tambien podemos formarnos una idea de este extremo si leemos la balumba de supersticiones de que rebotan los sermones del mejor de todos los predicadores, Geiler de Kaisersberg.

Como es de suponer, no era mejor el resto de la literatura devota que los sermones, y la multitud de las obras de esta clase y de sus ediciones prueban que el pueblo laico las compraba y leía con afan, porque no es de suponer que un clero que ningun afan mostraba por desempeñar su mision, comprara todos aquellos innumerables libros, impresos en alemán y cuyos títulos eran ya por sí verdaderos reclamos, como «El Llamador de los Corazones;» «La Campanita devota del Tiempo;» «El Depositario del Tesoro;» «La Guia del Al-